

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES.

3.ª EPOCA.
1883.-Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 18
Día 8 de Ag.º

SUMARIO.

ESTUDIOS SOBRE EL CATOLICISMO, por Enriqueta Lozano de Vilchez. LA VENGANZA, poesia por José Velarde.—UN MAR SIN PUERTO, novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—VARIEDADES, por S.—SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

ESTUDIOS

SOBRE EL CATOLICISMO.

Despues de haber considerado á la mujer redimida de su esclavitud, levantada de su postracion por la santa ley de Jesucristo, justo me parece tambien y casi necesario para el deber que me he impuesto, enumerar los inmensos bienes, avalorar los inefables tesoros que esa misma doctrina, que esa misma divina ley, ha derramado sobre la humanidad entera, desde que como un rescripto de perdón, y como una aurora de gracia, irradió su luz sobre los mundos desde la elevada cumbre del Gólgota.

Mas como quiera que al tomar la pluma en

la mano, lo hago casi siempre para dirigirme á la mujer, á los niños, á las almas sencillas en fin; procuraré tratar estas altas cuestiones, no con la palabra levantada y profunda del saber, por que yo no lo poseo, sino con la voz entusiasta del corazon que late de continuo, á impulso de todo sentimiento noble y elevado; buscando luz, no en la claridad de la razon tan solo, sino en la hermosa llama de la fé, que arde serena y pura en lo profundo de mi alma.

Yo no sabría hacerlo de otro modo!

Débil, humilde y sin ingenio alguno, mis frases carecerian de elocuencia, de ilustracion de galas; solo hay en ellas sencillez, y verdad.

Pero así, acaso podrán ser mejor comprendidas.

Las mujeres entendemos muy poco de ciencia, pero mucho de corazon, y ¿quién ignora que el sentimiento se comunica mas fácilmente que la idea?

Hablaré pues, con el lenguaje del alma.

La humanidad enloquecida por la soberbia, dominada por el orgullo, se afana hoy en su delirio por romper toda clase de freno moral, por escalar todas las alturas revolviéndose con enojo contra su pequeñez y su miseria.

Pobre humanidad, que intentando ser grande, se arrastra en el polvo de la tierra: que queriendo ser infalible se aparta de la verdad: que anhelando ser infinita reniega de su eternidad! Pobre humanidad que soñando en romper los lazos que la unen á Dios, apaga con el soplo del ateismo, la antorcha de la fé, de la caridad y de la esperanza, dejando en las almas en cambio la negra sombra de la duda, el frio aterrador del escepticismo! Pobre humanidad, que con el aspecto repugnante de un hombre ébrio, y con la voz amenazadora de una mar embravecida en un día de tormenta, se levanta contra el catolicismo y le combate con todas las armas que están al alcance de su mano, desde el insulto hasta la mofa, desde la mofa hasta la calumnia, desde la calumnia hasta el olvido.

Y no creais que estas palabras son una queja inmotivada, son una vana declamacion contra las costumbres, y la sociedad y la época.

No: por desgracia encierran una gran verdad, y si quereis convencerlos de ello, dirigid en torno la mirada, y decidme si no veis estenderse por doquiera, el fantasma terrible de la indiferencia religiosa, el olvido de todo respeto á Dios, la infraccion de todas sus leyes, el abandono total de todos los preceptos de su evangelio.

¿Dónde están hoy los verdaderos católicos? ¿quién se atreve á proclamarse como tal? quién podrá asegurar que Jesucristo es el verdadero Dios del siglo XIX, el rey de sus reyes, y el legislador de sus legisladores?

Oh! nadie: muy pocos al menos:

Los reyes del mundo son las pasiones humanas.

Las pasiones humanas que, queriendo enseñorearse del corazon y del espíritu del hombre y romper todos los diques, y saltar todas las vallas, y rechazar toda sujecion, gritan

al oido del desenfreno para alhagarle y hacerse de él un aliado «Dios coarta la libertad, olvidemos á Dios» y el desenfreno sacudiendo todo yugo, «no hay Dios, repite yo soy la libertad».

Las pasiones humanas que, ajitándose en torno de todas las cabezas, y latiendo en las fibras de todos los corazones, le dicen al emprendedor, le dicen al pretendido filósofo, «Dios se opone á la ciencia, su religion coarta el progreso, reneguemos de Dios y seremos sábios».

Y el hombre escucha esta voz y hace una ley de cada uno de sus deseos, y hasta la mujer, (ridícula pretension,) piensa romper la cadena moral que la sujeta á su hogar, á su mision, á sus deberes, forma congresos y se declara igual al hombre, intentando disputarle sus derechos y partir con él, el dominio del mundo.

¡Triste delirio, funesta aberracion!

¿Quereis saber lo que son los derechos que no están equilibrados por el deber, y las libertades que no están amparadas por Dios?

Yo os lo diré. Yo os lo diré sin exajeracion ni mentira alguna, y provándolo con ejemplos.

Roma, el pueblo libre, apellidado Rey, encerraba sin embargo en su seno, esclavos á los hijos de Bruto, que respiraban empapadas en la sangre de sus padres, las auras envenenadas de aquella decantada libertad, y los mismos senadores romanos en medio de su poder y su grandeza; en medio de sus derechos de vida ó muerte sobre millones de siervos, ocultaban entre los pliegues de su laticlava el temblor que agitaba sus miembros, al escuchar el nombre de Tiberio, ó al ver pasar ante sus ojos la vaga silueta de su gigante sombra.

La Reina del Adriático, la poética y sin igual Venecia, cuyos hijos se proclamaban independientes y libres en medio de su serenísima República, sentian vagar de continuo entre las brumas de los canales que la circundan el alito aterrador de la muerte, y sus libres ó independientes ciudadanos, se estremecian á cada paso de miedo y espanto, ante los fallos

inapelables de un tribunal invisible, que encomendaba su justicia, en manos de asesinos invisibles tambien.

Los activos hijos de la soberbia Albion, quisieron alcanzar un completo triunfo sobre la opresion, y rompieron los lazos que la unian á la Iglesia en tiempo de Enrique VIII.

¿Pero qué lograron con ello? Oh! solo aumentar el rigor de la tirania que los violentaba, porque aquel Rey, que no habia vacilado en lanzar la protesta por satisfacer sus violentas pasiones, mal podria detenerse ante la infelicidad de sus basалlos de quienes su parlamento era á la vez que espia, inflexible verdugo.

Francia, la nacion mas poderosa y mas grande, soñó un dia con sacudir todo yugo, con romper toda institucion: para destruir los altos poderes que á su libertad se oponia, tiñó sus manos en sangre de Reyes, y arrojó de su altar á Dios.

Pero ¡ay! que libertad tan extraña consiguió aquel pueblo delirante y ciego; la opresion que pesó sobre el en aquella época de terror, fué mas espantosa que el mas duro servilismo.

Continuaré.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA VENGANZA.

POEMA.

(CONTINUACION.)

XVI.

*Tanto absorben los sentidos
En la magia de los cuentos,
Que á fuerza de estar atentos,
Se van quedando dormidos;
Pero al cesar sus gemidos,
Sus risas y su algarada,
La choza, por lo callada
Y lo triste, se asemeja
Al nido que el ave deja
Solitario en la enramada.*

XVII.

*Y es que no falta alegria,
Ni es tan acerbo el dolor,
Donde hay un ave, una flor
O un niño que nos sonría.
Va la paz con la poesia,
Cual con el alba el rocío;
Sin ella, presa del frío,
Desfallece el alma, y duda
Y encuentra la tierra muña
Y halla en el cielo el vacío.*

XVIII.

*Siente, al verse solitaria,
La mujer tanta zozobra,
Que de ella no se recobra
Ni acediendo á la plegaria;
La hace el miedo visionaria,
En ver fantasmas se obstina,
Y que escucha, se imagina,
El grito de mal presagio
Con que el terrible naufragio
Anuncia el ave marina.*

XIX.

*Tanto, al fin, se sobresalta,
Que corre á atrancar la abierta
Y desvencijada puerta,
De llave y cerrojo falta,
Mas cuando el umbral asalta,
Como estatua de granito
Se queda, sin dar un grito,
Ante un hombre de faz torva,
Que el paso, al entrar, le estorba
Y la mira de hito en hito.*

XX.

*Alto, moreno, nervudo,
Y de mirada tan hosca
Como es su figura tosca
Y su entrecejo ceñudo,
Y envuelto el rostro barbudo
De una manta en el capúz,
Tiene, del fuego á la luz
Tan siniestra catadura,
Que la mujer le conjura
Con la señal de la cruz*

XXI.

*Al conocer el intruso
La mala impresion que ejerce,
El gesto fruncido tuerce*

*Entre irritado y confuso,
Y murmura: — «Si es que abuso
Pidiendo hospitalidad
Me marcharé, perdonad.» —
Y cual su aspecto, su voz
Contrasta, por lo feroz,
Con sus frases de humildad.*

XXII.

*— «Buen hombre, Dios no permita,
— La mujer temblando exclama, —
Que quien á mi puerta llama
Y mi amparo solicita
No halle remedio á su cuita
Si el remediarla está en mí.
¡Como de repente os vi
Y hace una noche espantosa....!
¡Una es siempre tan medrosa,
Y estaba tan sola aquí!» —*

XXIII.

*Sin notar que el hombre adusto
La mira y no la responde,
Ella, que el temor esconde
Ó se ha repuesto del susto,
Prosigue: — «No fuera justo
Dejaros al descubierto
En tal noche, ¡Estaréis yerto!
Venid y hallaréis solaz
Junto á esta lumbre, capaz
De hacer revivir á un muerto.» —*

XXIV.

*Sin freno que la cohiba,
Cuál si callar fuera mengua,
No da descanso á la lengua
En tanto que el fuego aviva.
De charla tan expansiva
Da su inocencia la clave;
Pues, como su canto el ave,
Ella, con gozo profundo,
Le repite á todo el mundo
Lo poco que siente y sabe.*

XXV.

*Y así prosigue halagüeña:
— «Pronto traerá mi marido
Qué cenar, si es que ha vendido
En el pueblo alguna leña.
¡Ahora siempre está en la breña
Cortando broza á destajo;
Pues, como falta trabajo,
Tiene que ganarse el pan*

*Recorriendo con afán
El monte de arriba abajo!*

XXVI.

*«De la fortuna la rueda
Anda tan mal, que predigo
Que un día, como al mendigo,
Nos arroje á la vereda.
Solo este huerto nos queda,
Y hemos de regarlo á mano
De ese pozo, al mar cercano,
Cuyo manantial salobre,
Á más de malo, es tan pobre,
Que se agota en el verano.»*

XXVII.

*Oyendo el relato triste,
Ni se inmuta ni apesara
Aquel hombre, en cuya cara
El ceño adusto persiste;
Y ella, que en hablar insiste,
Añade: — «Mas tan prolijos
Cuidados, en regocijos
Me los trueca Dios piadoso
Con el amor de mi esposo
Y la salud de mis hijos.» —*

XXVIII.

*— «¿Teneis hijos?» — ruge fiero
El hombre que se adelanta
Y queda, al soltar la manta,
En traje de marinero.
— «Dos tan hermosos, que infero
No los habréis visto iguales,
— Dice la mujer; — son tales,
Que con ellos al salir
Sólo oigo al paso decir:
¡Que Dios los libre de males!*

XXIX.

*«Y se me han muerto otros dos,
Por quienes dun lloro y peno;
Uno salió de mi seno
Para volar al de Dios,
Y al otro que vino en pos,
Lleno de vida y salud,
También con tal prontitud
Me lo quitó la fortuna,
Que las tablas de la cuna
Le sirvieron de ataud.» —*

Continuará.

José Velarde.

UN MAR SIN PUERTO.

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

(CONTINUACION).

VI.

Y sin detenerse mas salió de aquella casa donde acababa de sembrar la mas horrible desesperacion.

Montellano y Regina quedaron anonadados.

¿Cómo disculparse sino se les queria oír, y cómo justificarse sino se escuchaban sus palabras?

D. Diego habia cifrado en esto su única esperanza, porque la duquesa era buena, y él confiaba en que tendria piedad de su angustia y no le retiraria su confianza.

La madre de Fernando habia vuelto á sus habitaciones, y una vez convencida de la culpabilidad del anciano confió al señor de Jourdan todo aquel asunto.

—Vaya V. le dijo, entiéndase con ese hombre, y que salga de casa lo mas pronto posible, ha faltado á su deber y lo haria cien veces si le dejase á mi lado.

—Pero... ¿há pensado V. E...?

—Ya sabe V. que soy inflexible con los que son ingratos para mí; he tendido mi mano á Montellano, le he colmado de favores, y en cambio...

—Es que si fuera...

—No hablemos mas de eso. Si necesitaba alguna cosa debió pedirmela, debió venir, yo le hubiera atendido. Oh! mire V. como no lo ha hecho, mire V. como ha callado hasta que no ha podido finjir por mas tiempo. Vaya V., vaya V., y vea en el estado en que están las cuentas, y sobre todo que salga de mi casa.

VII.

El señor de Jourdan conocia el carácter de su señora y no se atrevió á insistir mas.

Tomó su sombrero y se dirigió en busca de D. Diego.

Cuando este le vió entrar, tuvo un momento de valor y se lo confió todo.

¡Todo! la opresion de su alma al ver una madre afligida; su dolor al ver un niño moribundo, su impremeditado impulso de salvarle, el dinero entregado... todo.

D. Anselmo se conmovió con aquel relato estrechó la mano del anciano y sintió su pupila empañada por una lágrima.

Adivinó que allí no habia nada que reprochar, si no mucho que admirar; comprendió que el en igual caso hubiera obrado lo mismo, y al ver que la cantidad de que se trataba era tan corta tuvo esperanza de hacer ceder á la Duquesa.

—Vamos, dijo, ordenémoslo tolo, pongamos al corriente las demás cuentas, y yo confío en que esto se arreglará. La señora está equivocada, sin duda ella cree otra cosa y yo me encargo de deshacer su error.

Y los dos unidos procedieron al examen de los libros de caja.

Por desgracia al terminar aquella operacion encontraron un desfalco de seis mil duros, á más de la suma que habia confesado D. Diego.

—Oh! murmuraba este aterrado, volvamos á empezar, esto es imposible.

El examen se repitió, pero siempre con el mismo resultado.

El infeliz se volvía loco.

La turbacion que ya antes dominaba su espiritu, llegó á su colmo en aquel momento, y puede decirse que desde entonces ni supo lo que se hacia, ni tuvo idea segura.

Anonadado bajo el golpe, no supo buscar el punto de donde partia

Sintió el dolor, pero no tuvo fuerza para soportarle, ni trató siquiera de combatirlo.

La pobre niña tampoco podia prestárselas.

¿Qué sabía ella de las cosas de la vida?

Solo habia aprendido á ser buena, á amar y á obedecer ¿cómo pues, podia hacer frente á la desgracia?

El fuerte roble puede resistir el embate de la tempestad; el lirio del valle cae sin vida á las primeras gotas de la lluvia, al primer soplo del vendabal.

VIII.

¡Oh! si Fernando hubiera podido mirar aquel cuadro, quizá se hubiera arrepentido de su accion y desistido de llevarla á cabo! Pero el opulento señor no se hallaba aquel día en la quinta.

Se ocupaba en hacer los honores de una brillante partida de caza para la cual habia invitado á varios hacendados de los contornos.

De este modo invertia el tiempo para que se le

hiciese menos pesado, mientras esperaba el resultado de su plan.

Regina y su abuelo no habían pensado ni aun soñado por un instante que aquel golpe partía de Fernando.

¡Cómo juzgarle tan infame!

Hay hechos que no caben en el pensamiento de las personas honradas!

El resto de aquel triste día se pasó en cuentas, en cálculos, en guarismos!

Todo fué inútil: la falta no se subsanaba! D. Diego no recordó ni por un momento el recibo que le faltaba.

El señor de Jourdan estaba costernado, compadecido de aquel infeliz, pero nada podía intentar en su bien.

—Quizá el interceder por él, le hubiera hecho perder la gracia de la duquesa.

¿Qué hacer? preguntó á Montellano al ver que las horas pasaban y que el debía dar cuenta de su misión.

—¡Ay! no sé! contestó este con acento apagado.

—¿Tiene V. medios para cubrir la falta?

—Si los tuviera, me vería V. sufrir así!

—Y amigos...?

Una sonrisa tan amarga como dolorosa se dibujó en los labios de D. Diego.

—Si he buscado en vano lo que yo había tomado, como he de encontrar cantidad mayor?

—Entonces... la señora me espera... ¿qué la diré?

—Dígale V. la verdad! Que ignoro de qué modo ha sucedido esto, que no sé... que no puedo saber...

—Pero...

—Que haga de mí lo que quiera! nada tengo, con nada cuento! al salir de esta casa tendré que mendigar el pan, porque soy muy viejo, y además, ¡he perdido aquí mi único tesoro! he perdido mi honra!

D. Anselmo, aunque contrariado, tuvo que cumplir su deber.

IX.

Como quería el anciano, dijo toda la verdad.

Cuando la duquesa oyó estas palabras, su indignación subió de punto.

Creyó que aquel dinero que faltaba no había podido salir de las manos de D. Diego, el cual se escudaba con su pobreza para estafarla de aquel modo.

Con nada cuento, había dicho.

La duquesa creyó que con aquellas palabras solo trataba de asegurar su impunidad.

Esta idea la exasperaba.

Ordenó que aquella misma noche no durmieran ya en la quinta, y no contenta con esto, ella que

era rica de caudal, de honra, de consideración social, de todo, quiso vengarse de aquel desgraciado, arrebatándole su única riqueza, su solo bien, ¡su honor!

Oh! el golpe era certero!

Fernando mismo no había pensado que su madre fuera tan lejos.

Por espreso deseo de la duquesa, la justicia intervino en aquel asunto.

La señora presentó su queja, y D. Diego fué detenido, fué conducido á una prision.

El juez se hubiera contentado con una fianza, por que aquel venerable anciano le inspiraba lástima y respeto, pero ¡ay! que en la aldea casi todos dependían de su noble señora, casi todos eran sus arrendatarios ó sus servidores, y ninguno quiso darsela por no esponerse á su enojo.

Además, algunos empezaban ya á creer en la culpa de D. Diego; los que mas, ponían en duda su honra!

Oh! la difamación es una semilla que muy pronto dá sus frutos.

X.

Montellano y Regina salieron pues de aquella morada que les había dado asilo, sin querer llevar nada de cuanto poseían, sin recursos, sin abrigo y sin pan, él para la cárcel, ella para la casa de la buena Susana, única persona que la ofreció su pobre hogar.

En medio de su dolor el abuelo, de Regina entreveía un consuelo experimentaba alguna esperanza, si nó para él, al menos para la pobre niña cuyo porvenir creía asegurado.

Si, y debía estarlo.

¿No le quedaba Carlos?

¿No la amaba también la familia de este, y tenía concertada su unión?

Es cierto que el joven no había podido defenderlo porque se hallaba en un pueblecito cercano y estaba ignorante de aquella desgracia tan rápida como inesperada.

Pero debía volver muy pronto quizá en aquel mismo día.

—Oh! él vendrá, se decía el anciano: él estará persuadido de mi inocencia y no dudará de mi honradez. El vendrá á tomar mi defensa, y á ofrecer á Regina un asilo seguro en el hogar de sus mayores. Ahora él sin duda apresurará la boda, dándome así un público testimonio de su respeto, y un mentís, á la calumnia.

Continuará.

Curiqueta Lozano de Vilchej.

Variedades.

SINGULARIDADES DEL MAR.

No se considera comunmente al mar sino por lo que tiene de espantoso, sin atender á las maravillas y á los beneficios que nos ofrece de un modo tan visible. Verdad es que el mar es uno de los elementos mas temibles cuando se levantan los vientos y se declara la tempestad, elevando sobre manera sus olas; pues agitando los navíos con violencia los aleja de su ruta: las bramadoras olas parece los van á sumergir á cada instante; llénanse de agua y muchas veces son arrojados sobre los bancos de arena ó contra las rocas en donde se hacen astillas. Las lias ó remolinos se producen por grandes cavidades del mar, en que se encuentran corrientes opuestas, y su movimiento circular hace dar rápidas vueltas al barco, y suele precipitarle en el abismo.

No son menos peligrosas las mangas marinas ó mangueras, cuyos efectos jamás ven los navegantes sin temor y sin admiración, de las cuales hay dos especies.

La primera se compone de nubes densas, que tomando una forma cilíndrica dejan caer en esta figura tanta cantidad de agua y con tal precipitación, que si por desgracia una de estas mangas cayese sobre un navío, le abriría y sumergiría en un momento; y así es que para precaver esta catástrofe disparan á la manga algunos cañonazos con bala, y se parte y dispersa.

La segunda especie de mangas se llama tifón ó torbellino, el cual levanta el viento desde el mar hasta los cielos: gira en el aire sobre el océano, y el viento le hace dar vueltas con violencia. Muchas veces se rompen estas mangas con grande estrépito, y hay ocasiones en que causan considerables daños; porque si se acercan á un navío se enredan con las velas, le abaten ya á un lado ya á otro con inminente riesgo de sumergirle, rasgando el velamen y quebrando los mástiles. Algunos navíos suelen perecer en el mar por semejantes causas.

Pero aun cuando las tempestades no fuesen de utilidad alguna, opinion cuya falsedad demostraremos bien pronto, seria demasiada ingratitud el no atender sino á los daños que causa el mar, sin dignarnos reflexionar sobre la magnificencia de las obras del Criador, y sobre la bondad que resplandece hasta en lo profundo del abismo. La primera cosa que parece digna de notarse es lo salobre del mar: una libra de esta agua contiene cerca de una onza de diferentes sales, entre las que la sal comun forma la mayor parte. La afuencia continua del agua dulce en este vasto receptáculo no disminuye sensiblemente lo salobre de él. Si este fenómeno fuese efecto de las montañas de sal que el mar oculta en su seno, parece que en este caso deberá ser el agua mas salada en unos parajes que en otros; sin embargo, no hay de esto prueba cierta, pues la diferencia que se nota dimana del mayor ó menor grado de calor. Tambien es posible que los torrentes y los rios acarreen consigo al mar partículas salitrosas y otras sales; mas no obstante, ¿qué viene á ser esto respecto de la extension del vasto océano? Sea cual fuere la causa, lo cierto es que era necesaria esta cualidad salobre para que se cumpliesen ciertos fines; pues no solamente preserva el agua de la corrupción, sino que contribuye á darla aquella densidad que hace que las cargas mas pesadas puedan trans-

portarse fácilmente de un mundo á otro sobre sus ondas.

Merece tambien observarse el color del mar, pues no es el mismo en todas partes: parece negro en los abismos, blanco y cubierto de espuma durante las tempestades; plateado, dorado y matizado de los mas bellos colores cuando al ponerse el sol hace brillar en él sus rayos. En el último estado de la calma, tersas sus aguas como un cristal, se asemejan á un espejo en que se ven pintados el color del fondo y el del cielo. Los diferentes insectos y los despojos de las plantas marinas varían tambien el color del mar. Cuando está en calma hay ocasiones en que parece sembrado de brillantes estrellas: muchas veces la estela de un navío que hiende las olas es luminosa, y se manifiesta á manera de un rio de fuego. Estos fenómenos deben atribuirse á los insectos fosfóricos ó relucientes que el mar encierra en su seno: tambien la materia oleosa suministrada por los peces y modificada por la sal marina, basta para producir semejantes efectos.

Si todas estas maravillas no os interesan bastante, á lo menos las criaturas de que está lleno el mar excitarán vuestra admiración. Descúbrese en él un nuevo mundo, poblado de prodigioso número de habitantes. Quizá mas varios sus animales en sus especies que los terrestres, los exceden en mucho por su magnitud, y su vida es mas larga que la de los habitantes de la tierra y del aire. ¿Qué son el elefante y el avestruz en comparación de la ballena, cuya longitud es muchas veces de sesenta á setenta pies? Vive tanto como el roble, y por consiguiente no hay en la tierra ningun animal cuya duración pueda compararse a la suya. Mas si creemos á ciertas relaciones, hay animales en el océano aun mucho mayores que la ballena.

¿Y quién podrá formar aun la mera nomenclatura de las diversas especies de animales que pueblan la superficie y el fondo de las aguas? ¿Quién podrá explicar su número, determinar su forma, estructura, magnitud y propiedades? ¿Cuán infinita es la majestad de Dios que crió el mar! Si le asignó los dos tercios de la superficie del globo, fué por razones muy sabias; pues los mares debían de ser no solo los grandes depósitos de las aguas, sino tambien, por medio de los vapores que se levantan de ellos, la materia de la lluvia, de la nieve y otros meteoros semejantes. ¿Qué sabiduría no se descubre en la conexión que tienen los mares entre sí, y en el movimiento no interrumpido que les ha impreso el Criador!

Observemos tambien que el fondo del océano es de la misma naturaleza que la superficie de la tierra, y que se hallan en él peñascos, valles, cavernas, llanuras, plantas y animales.

Las varias islas que en él se encuentran son como la cima de altas montañas. ¿Podremos, pues, no confesar que el mar encierra una infinidad de maravillas, que aunque incomprensibles al entendimiento del hombre, todas dan testimonio de la sabiduría y del poder del Altísimo? ¡Admira, ó cristiano, á este Ser supremo que ha erigido así en el océano como en la tierra monumentos los mas incontestables de su grandeza! Admirale especialmente en esa inmensidad que llena de sorpresa á los que al ver por primera vez el mar no pueden dejar de considerarle como el espectáculo mas respetable y majestuoso.

S.

Seccion Doctrinal.

Explicacion de los Mandamientos.

(CONTINUACION).

Flavia tampoco habia podido resistir á su dulce influencia, y pasaba horas enteras á su lado oyendola hablar y procurando distraerla.

Dos meses despues, la temporada de los baños llegó y el señor de Montalvan pensó como siempre abandonar á Madrid en los meses de calor, haciendo con sus hijas su escursión veraniega.

Pero deseando complacer á Clara y guiado tambien de su excelente corazon, dispuso que María y su abuela les acompañasen, dirigiéndose todos á las playas de Valencia.

¡Cuán hermoso es haber recibido de Dios los dones necesarios para hacer mucho, mucho bien!

Si el señor de Montalvan hubiera necesitado una recompensa al bien que hacia por aquella niña, indudablemente la hubiera tenido muy cumplida al verla curada y dichosa; al mirar su alegría, al ver sus lágrimas de gratitud, al escuchar sus fervientes bendiciones.

Una tarde se hallaban todos sentados á la orilla del mar, en una linda posesión cercada de flores, naranjos y limoneros, que habia alquilado el señor de Montalvan para la temporada de baños.

Las olas se estrellaban á sus piés: el aire cargado de aromas acariciaba sus frentes.

Todos gozaban con la magnífica belleza de cuanto les rodeaba.

María, con los ojos fijos en el cielo, y con una brillante lágrima rodando por las rosas de sus mejillas como una gota de rocío, estaba tan hermosa, que su protector la miró sonriendo, y la dijo con cariñosa voz:

—¿En que piensas María?

La niña volvió hacia él su pura mirada y le contestó con un acento impropio casi de sus años:

—Pienso, señor, en la bondad de Dios que nos cerca de tantas bellezas y que nos concede tantos dones; pienso en su misericordia para conmigo, enferma y hambrienta ayer; hoy sana y rodeada de cuantas ventajas puede anhelar una criatura, y que seria la más ingrata de los seres si no le consagrara toda mi alma y no le amase con todo mi corazón.

—Hija mía, la virtud recibe siempre un premio más tarde ó más temprano: tú, conformándote con la voluntad del cielo, besando humildemente la mano que te hería, has contraído un mérito que Dios te recompensa hoy, porque su justicia iguala á su misericordia.

—Oh! yo le bendeciré siempre, y bendeciré tambien á V., á quien nunca podré pagar el bien que le debo.

—Si puedes, María, si puedes!

—¡Oh! ¿Cómo?

—Permaneciendo siempre al lado de mis hijas para enseñarlas con tu ejemplo el bien, acompañada de esta buena anciana, á quien ruego les sirva de madre.

—¡Yó! respondió la pobre mujer, yo vieja, torpe, ignorante!

—V. posee la sabiduría mejor, la que ha enseñado á esta niña: la de amar á Dios, resignarse con sus decretos y adorar su voluntad. Esta sencilla y sublime cien-

cia es la que nos proporciona la dicha en este mundo y en el otro, puesto que Jesucristo, el Supremo Hacedor, ama y bendice á los que le aman sobre todas las cosas y á los que se humillan á su voluntad.

El segundo no jurar.

El juramento, hijas mías, es una de las culpas que más ofenden á Dios.

Por él violamos sus sábios preceptos, que nos ordenan decir sí ó no, sencillamente, aun en las cosas de que estemos más seguros; y por él tambien faltamos al respeto y veneración que le debemos, poniéndole por testigo de cosas triviales, indiferentes y aun reprobadas, ultrajando con ello su santo nombre.

Muchos males y ningunos bienes puede traer este defecto; pues aquel que no logra ser creído por la sola veracidad de su palabra, en vano recurriría al juramento para poderlo conseguir.

Cuántas veces un juramento vano, atrae una desgracia que nada puede remediar!

Escuchad un ejemplo de éllo.

Mauricio Alvarez, que era un jóven, casi un niño, vivía con su madre en el cuarto piso de una modesta casa de Madrid.

Hijo único de una honrada familia, habia tenido la desgracia de perder á su padre, y con él la posición y el bienestar.

Solo el amor indecible de su madre habia sabido hacer frente á su mala suerte, logrando á fuerza de trabajo, de privaciones y vigillas, que su hijo no careciese de lo necesario.

Más aún, la buena doña Marta deseaba crear á Mauricio un porvenir, y este estudiaba para seguir una carrera, escribiendo al mismo tiempo en el despacho de un acreditado letrado, que le daba por ello una corta retribución.

El jóven era honrado y trabajador: amaba á su madre en extremo, y hubiera sido perfecto si un solo vicio no hubiera oscurecido todas sus demás cualidades.

Era muy ligero en sus juicios: no reflexionaba en sus palabras, y no titubeaba en pronunciar un juramento, estuviera cierto ó no de lo que queria asegurar.

Mil veces su madre le habia reprendido este defecto, asegurándole que le traería alguna desgracia su falta de temor y de respeto á Dios.

Pero el jóven desoía sus advertencias y no se enmendaba de su falta.

Así trascurrió algun tiempo.

En la misma casa que vivía Mauricio, y en el piso principal, habitaba tambien una señora anciana, muy rica, llamada D.^a Brígida, á quien la madre del jóven visitaba á menudo, pues era sola, sin familia alguna, y acompañada de dos criadas, únicamente.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de «La Madre de Familia,» Darro 15.